

Apto para pasar inadvertido

Implicaciones del trabajo no remunerado

Marzo 2017



El trabajo no remunerado es indispensable para mantener y avanzar en las capacidades y desarrollo humanos. Es esencial para el funcionamiento de las sociedades y economías y hace posible gran parte de los trabajos remunerados. Sin embargo, se distribuye de forma inequitativa entre hombres y mujeres. Son mayoritariamente las mujeres quienes realizan este trabajo no remunerado.

Los cuidados no remunerados se comparten de forma distinta entre hombres y mujeres, según el tiempo y lugar. Por ejemplo, en 2013 en Argentina se estimaba que el 50% de hombres hacía trabajo doméstico no remunerado, con 2.4 horas diarias en promedio, contra un 87% de mujeres con 3.9 horas. El mismo año, los números en Bogotá eran 30% de hombres y 54% de mujeres, donde las mujeres asumían mayor responsabilidad en preparación de alimentos, limpieza y mantenimiento. [5]

La forma en que la carga es compartida también ha evolucionado – en 1965, en los Estados Unidos las mujeres dedicaban más de 240 minutos al día a labores domésticas y los hombres 40; en 2012 las mujeres dedican 140 minutos y los hombres 80. A pesar del cambio, la carga continua desigualmente compartida. [6] Según encuestas sobre el uso del tiempo en países en desarrollo, las mujeres son responsables de más del 75% del tiempo que su hogar dedica a los cuidados no remunerados.

El trabajo no remunerado es apto para pasar inadvertido en estimaciones económicas pero tiene un valor enorme para la sociedad y las personas, y puede ser una fuente de alegría y realización para muchos. En el hogar y la comunidad, actividades de esta naturaleza incluyen muchos servicios relacionados al cuidado propio y de los demás.

Parte de este trabajo se relaciona con el funcionamiento diario de los hogares, limpiar, cocinar y recolectar agua y leña. Pero parte sustancial tiene que ver con el cuidado de los demás: alrededor de 2 mil millones de niños, por ejemplo. Muchos adultos necesitan ser cuidados – personas mayores (hay cerca de 120 millones de personas con más de 80 años [1]), aquellos con discapacidades (estimados en mil millones [2]) y enfermos, por ejemplo, muchos de los 37 millones que viven con VIH/SIDA [3].

Extracto del Informe sobre Desarrollo Humano 2015, del Programa de Desarrollo de Naciones Unidas (UNDP). Disponible en: <http://bit.ly/1RnrfRe>.

En hogares de bajos ingresos, suma muchas más horas que en los de ingresos medios o altos, que generalmente tienen mejor acceso a servicios básicos y a ayuda o tecnología que ahorre mano de obra. [7] Tan solo en África las mujeres promedian 200 millones de horas al día recolectando agua. Incluso cuando esta carga es aliviada, sigue siendo intensiva en mano de obra y plantea impedimentos para llevar a cabo otras actividades como la educación, el trabajo remunerado, la participación o el ocio.

Disparidades en el tiempo libre

Las mujeres trabajan más que los hombres, aun si una gran parte es poco visible por tratarse de trabajo no remunerado. Como resultado, las mujeres tienen menos tiempo libre que los hombres. En una muestra de 62 países los hombres promedian 4.5 horas al día de ocio y actividades sociales, contra 3.9 en mujeres. [9] La brecha es mayor en niveles inferiores de desarrollo humano: 29% (con relación a hombres) en países de bajo desarrollo humano, contra 12% en países de muy alto desarrollo humano. En África subsahariana las mujeres muestran tanto una alta tasa de participación en la fuerza de trabajo como una alta carga en el trabajo de cuidado, restringiendo fuertemente su tiempo libre. En Tanzania, las mujeres tienen menos de dos horas de ocio al día.

En Dinamarca, Alemania y Nueva Zelanda, donde el tiempo de ocio es de más de 5 horas al día, la brecha entre hombres y mujeres es muy pequeña o inexistente. Estos países tienen fuertes políticas públicas que promueven la igualdad de género y la participación de las mujeres en el mercado de trabajo, así como normas sociales que lo facilitan. Aunque faltan datos en algunos países en desarrollo, la diferencia es del 18 % en Europa oriental y Asia central, 16 % en los Estados árabes, 15 % en Asia y el Pacífico, 13 % en Asia meridional y 7 % en América Latina y el Caribe. [10]

Compartir la responsabilidad del trabajo de cuidado

Las tareas de cuidado están cambiando, y los hombres asumen más responsabilidades domésticas, como el cuidado infantil. Esto ocurre incluso mientras que crece el tiempo total invertido en el cuidado de niños dentro de la familia. Por ejemplo, en Estados Unidos entre 2010 y 2014, los padres promediaron 55 minutos al día en cuidado infantil, frente a 20 minutos en 1965. En comparación, entre en 2010 y 2014 una madre estadounidense promedió 100 minutos de atención infantil, contra aproximadamente 90 en 1965. [11] El aumento en relación con el valor de 1965 fue menor para las mujeres (aproximadamente una décima parte) que para los hombres (más del doble). Los cambios en la estructura familiar y el cambio de familias extendidas a familias nucleares más móviles también han contribuido a este cambio, al igual que la evolución de los estándares sociales y la creciente participación de las mujeres en el trabajo remunerado.

Los abuelos que pueden, a menudo pasan tiempo cuidando a sus nietos. En algunos casos puede haber muy poca opción. En China, donde los padres en zonas rurales trabajan en las zonas urbanas como trabajadores migrantes, los abuelos cuidan a 19 millones de niños. [12] En todo el mundo, a partir de 2013, aproximadamente 18 millones de niños menores de 18 años habían perdido uno o ambos padres debido a causas relacionadas con el SIDA.

Muchos de ellos son atendidos por sus abuelos. [13]

Nuevos desafíos

Los cuidados no remunerados llevan consigo una necesidad humana y social primordial. Sin embargo, un cuidado urgente puede limitar las opciones de aquellos que se espera que la proporcionen. A medida que la necesidad de cuidado evoluciona y las alternativas como los servicios proporcionados por el Estado no se mantienen, estas expectativas y roles tradicionales pueden circunscribir aún más las opciones, a menos que se produzcan cambios estructurales hacia una distribución más equitativa de ese trabajo. Como ejemplos ilustrativos, se presentan tres desafíos emergentes: brechas de atención, crisis de salud y cambio climático.

Brechas de atención

Diferentes grupos de edad tienen diferentes necesidades de cuidado, y mientras la población envejece, la naturaleza de los servicios necesarios cambia. Tradicionalmente, las necesidades de cuidado de los niños han predominado, y las instituciones económicas, públicas, sociales y culturales han evolucionado para satisfacerlas. Mientras que las disposiciones institucionales cambian -por ejemplo, la provisión de baja paternal o el cambio en lo que se espera de hombres y mujeres- el tipo de servicios de atención necesarios, cómo proporcionarlos y el compromiso de dinero y tiempo son bien entendidos. A medida que disminuye la tasa de fecundidad en la mayor parte del mundo, es probable que disminuya el número de niños que necesite atención, aunque la forma en que se distribuya el esfuerzo cambiará y -ojalá- se mueva hacia una distribución más equitativa entre hombres y mujeres.

Por el contrario, mientras disminuye el número niños que requiere atención, la necesidad de cuidado de personas mayores crecerá. La implicación económica de esto puede reflejarse en la tasa de dependencia económica -la relación entre no trabajadores (65 años o más) y trabajadores (15-64 años). Sin embargo, al igual que con los niños, parte sustancial de los cuidados provendrá de las familias, lo cual no está reflejado en indicadores económicos.

Estimaciones recientes indican que hay una escasez mundial de 13,6 millones de cuidadores, provocando altos déficits en los servicios de atención a largo plazo para mayores de 65 años. [14] La necesidad aumenta junto con el número de personas mayores y la frecuencia con que su incapacidad para realizar actividades ordinarias crece. Entre 110 y 190 millones de personas en todo el mundo experimentan grandes dificultades de funcionamiento y necesitan cuidados a largo plazo en su vida cotidiana. [15] Estas necesidades pueden satisfacerse en parte con servicios de atención remunerada adquiridos fuera del hogar; sin embargo, una parte considerable proviene del trabajo no remunerado de los miembros de la familia, proporcionado predominantemente por mujeres. Aquí es donde los roles de género tradicionales pueden combinarse con el aumento de la longevidad, la reducción del tamaño de las familias y el acceso limitado a alternativas para llevar a una mayor carga de atención de las mujeres, restringiendo aún más las opciones disponibles para participar en otras formas de trabajo.

Si bien esto ya es una preocupación en varios países desarrollados -en especial Japón, donde el 26% de la población tenía más de 65 años en 2014 y el costo de su cuidado será más del doble en 2050,

a pesar de la disponibilidad de alternativas- es inminente en otros. Por ejemplo, en los Estados Unidos la carga del cuidado de los mayores en relación con su valor en 2010 aumenta lentamente – una sexta parte en 2030 y aproximadamente un quinto en 2080. Pero en China el aumento es mucho más rápido - cerca de dos quintas partes antes de 2030 y el doble para 2050. [16]

Independientemente de dónde y cuándo se haga evidente la necesidad, el cuidado de las personas mayores es un problema cada vez más urgente. Si continúan predominando los roles convencionales de género y la falta de alternativas públicas, las mujeres pueden encontrar sus opciones cada vez más limitadas.

Crisis de salud

El trabajo de atención se vuelve aún más crítico durante las crisis de salud graves, como las causadas por el VIH / SIDA, la gripe aviar y Ébola. En países con servicios de salud débiles, la carga recae a menudo en los cuidadores que trabajan silenciosamente dentro del hogar. En estas circunstancias, se espera que las personas se sacrifiquen por sus familias, incluso poniendo en peligro su propio bienestar. Las diferencias por género de los roles tradicionales perjudican más a las mujeres y mucho más en entornos pobres.

Por ejemplo, en el sur de África, las redes no remuneradas, voluntarias e informales de proveedores de atención han surgido como vanguardia crítica en la prestación de atención a las personas enfermas y los huérfanos en crisis como el VIH/SIDA. A medida que los sistemas de salud pública de toda la región se enfrentan a una avalancha de desafíos, los proveedores de atención familiar y comunitaria, aunque con un apoyo mínimo, llenan la brecha de salud dejada por los gobiernos.

La dimensión de género de esto es evidente. Como se vio en el reciente brote Ébola, las mujeres fueron especialmente afectadas. Los casos confirmados se distribuyen de manera equitativa entre hombres y mujeres, con un número ligeramente superior de mujeres. Pero la dimensión de género del brote va más allá de la tasa de infección. La evidencia señala al rol social esperado de las mujeres como cuidadoras de enfermos por su mayor vulnerabilidad a la infección debido a la enfermedad dentro de la familia y el cierre de escuelas. Esto se traduce en una disminución de la participación en la actividad económica, agravada aún más por el cierre de mercados y caminos. Finalmente, en un círculo vicioso, a medida que la economía se reduce y los ingresos caen, los recortes en el gasto público redistribuyen los costos de atención a aquellos que menos pueden permitirse pagarlos. [17]

Cambio climático

Estudios han demostrado que parte del trabajo no remunerado que realizan las mujeres está relacionado con la obtención de agua y la recolección de combustible y leña. Cerca de 2.000 millones de personas en los países en desarrollo utilizan los combustibles tradicionales de biomasa como fuente principal de energía. [18] Un estudio de 2003 destacando ejemplos de África Subsahariana señaló que las mujeres pasaban más tiempo que los hombres en estas actividades, con variaciones motivadas por la

residencia en áreas rurales o urbanas. [19] Otros factores que inciden en el tiempo empleado incluyen la infraestructura y el acceso a los servicios, donde el ingreso de los hogares también es un factor. En general, es probable que la carga sea más alta para los pobres, especialmente en las zonas rurales donde el acceso a los combustibles modernos para cocinar y los recursos hídricos mejorados es especialmente débil.

La disminución de la biodiversidad y la deforestación han hecho que la madera -el combustible sólido más utilizado- esté más lejos de los lugares donde vive la gente. Un resultado similar ocurre con el agua subterránea. Atender a estas necesidades urgentes significa que las mujeres y las niñas tienen menos tiempo que nunca para participar en actividades alternativas, pagadas o no pagadas. Es probable que estas presiones sean acentuadas por el cambio climático. El Panel Intergubernamental sobre el Cambio Climático informó en su evaluación de 2014 que es prácticamente cierto que el cambio climático reducirá sustancialmente los recursos hídricos renovables en la mayoría de las regiones secas y subtropicales, lo que resultará en escasez de agua potable y combustibles a base de biomasa. [20] Muchas de estas regiones se encuentran en el África subsahariana y en otras partes menos desarrolladas del mundo, donde las mujeres y las niñas ya dedican mucho tiempo diario para satisfacer dichas necesidades. Si continúa habiendo una falta de infraestructura o una distribución inequitativa entre hombres y mujeres, el cambio climático reducirá aún más las opciones para las mujeres.

Hacia un reequilibrio

El trabajo que realizan las mujeres -pagado y no remunerado- tiene importantes implicaciones de desarrollo humano para ellas y para los demás. El trabajo remunerado proporciona autonomía económica junto con oportunidades para la participación y la interacción social, así como para mejorar las habilidades y capacidades, ayudando a estimular la autoestima y la confianza. Pero el cuidado no remunerado y el trabajo comunitario son vitales para el bienestar humano y tienen valor tanto individual como social. Los cuidadores no remunerados rara vez ejercen esta opción voluntariamente sino que a menudo se ven obligados por la situación familiar. Cuando las personas asumen responsabilidades de cuidado y se quedan fuera de la fuerza de trabajo, hacen grandes sacrificios, quizás perdiendo la oportunidad de expandir sus capacidades en el lugar de trabajo. También comprometen a menudo su independencia económica y su autonomía personal, lo que puede ser crucial para ellos y sus hijos.

Sin embargo, este tipo de cuidados contribuye de manera importante al desarrollo humano, en particular ofreciendo atención personalizada a los miembros de la familia, reforzando los lazos familiares e impulsando el bienestar físico y mental de otros miembros de la familia, especialmente los niños y las personas mayores. Las madres que son capaces de amamantar a sus bebés, cruciales para la salud de los niños, [22] y ofrecen atención durante los primeros 15 meses, tienen efectos positivos en el rendimiento educativo de los niños. [23] Y los lugares de trabajo que proporcionan condiciones propicias son los más aptos para apoyar tales beneficios de cuidado. El trabajo de la comunidad mejora el bienestar de la comunidad y mejora la cohesión social.

La creciente evidencia también demuestra que las hijas de madres

en empleo remunerado tienen más ventajas en la vida. Un estudio reciente, basado en una muestra de 50.000 adultos en 25 países, concluyó que las hijas de madres trabajadoras que completaron más años de escolaridad tenían más probabilidades de estar empleadas, sobre todo en funciones de supervisión, y de obtener mayores ingresos. En los Estados Unidos, donde las hijas de madres trabajadoras ganaban un 23 % más que las hijas de madres que se quedaban en casa, algunos de estos efectos eran más fuertes. Las carreras de los hijos varones parecen no ser significativamente influenciadas por tener una madre que trabaja, no es de extrañar, ya que generalmente se espera que los hombres trabajen, pero los hijos de madres trabajadoras parecen dedicar más tiempo al cuidado de los niños y al trabajo doméstico. [24]

Una madre educada y profesionalmente activa puede inspirar y estimular a sus hijos intelectualmente y servir como un modelo positivo para sus hijos. Sin embargo, en muchos países el suministro público de servicios e instalaciones de apoyo familiar se ha vuelto más difícil debido a los recortes en los servicios sociales públicos, lo que amenaza la participación de las mujeres en actividades fuera del hogar. Las preguntas se convierten en: ¿Cómo puede la sociedad crear un entorno propicio en el que las mujeres puedan hacer elecciones con poder? ¿Qué se necesitaría para traducir esas opciones en un equilibrio equitativo entre hombres y mujeres en funciones, responsabilidades y resultados tanto para el trabajo remunerado como para el no remunerado? Estas intervenciones deben hacerse a lo largo de cuatro ejes, involucrando a una variedad de actores e impactando a todos los hombres y mujeres:

- Reducir y compartir la carga del trabajo de cuidado no remunerado -incluyendo el acceso universal a agua potable, servicios modernos de energía para las necesidades de los hogares, servicios públicos de calidad (incluidos los relacionados con la salud y la atención), arreglos laborales que acomodan horarios flexibles sin penalizar el progreso profesional y un cambio de mentalidad sobre roles y responsabilidades específicos de género.

- Ampliación de las oportunidades de participación de las mujeres en el trabajo remunerado -incluido el acceso a una educación superior de calidad en todos los ámbitos, los esfuerzos proactivos de contratación y la reducción de las barreras al espíritu empresarial.

- Mejorar los resultados en el trabajo -incluidas medidas legislativas como las relacionadas con el acoso laboral y la igualdad de remuneración, permiso parental obligatorio, oportunidades equitativas para ampliar conocimientos, experiencia y medidas para eliminar el desgaste del personal humano cuando se dedican al cuidado.

- Cambiar las normas -incluyendo la promoción de las mujeres en posiciones visibles de antigüedad, responsabilidad y toma de decisiones en las esferas pública y privada y fomentar la participación de los hombres en las profesiones tradicionalmente dominadas por las mujeres.

Conclusiones

Más allá de la contribución económica, el trabajo remunerado y no remunerado tiene un valor social con considerables implicaciones para el desarrollo humano.

Se han producido cambios positivos en las políticas, las normas sociales y las actitudes y el cambio de roles de hombres y mujeres en diversas sociedades que deberían conducir a un reequilibrio en el mundo del trabajo. La educación, las políticas sociales y las sociedades modernizadoras han desempeñado un papel en ello.

Sin embargo, estamos lejos de los resultados deseados. Los gobiernos pueden iniciar medidas que mejoren las condiciones propicias para que los hombres y las mujeres logren mejoras a través de políticas; pero estas medidas tienen efectos limitados.

El objetivo principal debería ser compartir las responsabilidades y las contribuciones mutuas de hombres y mujeres para superar los desequilibrios en el trabajo remunerado y no remunerado, crítico no sólo en un mundo en rápido cambio y envejecimiento, sino también en el trabajo sostenible.

[1] UNFPA and HelpAge International 2012.

[2] WHO and World Bank 2011.

[3] UNAIDS 2015

[4] INDEC 2014.

[5] DANE 2014.

[6] Sayer 2015.

[7] Human Development Report Office calculations based on data from Charmes (2015).

[8] Deen 2012.

[9] Human Development Report Office calculations based on data from Charmes (2015).

[10] Human Development Report Office calculations based on data from Charmes (2015).

[11] BLS 2015c; Sayer 2015.

[12] Ko and Hank 2013.

[13] UN 2015b.

[14] Scheil-Adlung 2015.

[15] WHO and World Bank 2011.

[16] The Japan Times 2015.

[17] For a methodology for estimating the care burden, see Mukherjee and Nayyar (2015).

[18] Elson, 2012.

[19] UN WomenWatch 2009.

[20] Charmes, 2006.

[21] Jiménez Cisneros et al. 2014.

[22] Baker and Milligan 2008.

[23] Data are for educated mothers only. Liu and Skans 2010.

[24] Miller 2015b.